

Medioevo. De otro modo, sin este común denominador, cada cual reclama su propio campo, inmune a primarias confusiones de críticos apresurados.

«*Plenilunio*» representa, pese a ciertas explicables vejezas técnicas, un esfuerzo espontáneo, poético, pues, para calar en la entraña de lo panameño, sin mengua de lo universal. Los localismos apenas sirven para indicar que hay un mundo, el de Panamá, en donde también pueden surgir almas tan impares como las de el elenco de esta novela. Si uno compara, llevado por analogías de episodios, la obra de Sinán, con la muy circulada «*Canal Zone*» de Aguilera Malta, comprende que la una está hecha a pura anécdota, mientras la otra se elabora a esfuerzos de pura esencia. Y el arte no es ni puede ser otra cosa que un profundo coloquio con lo esencial, conseguido o intentado, pero de ninguna manera desdeñado o traicionado.

(Reproducido de «*La Tribuna*», de Lima, nov. 10 de 1947)

  
<https://doi.org/10.29393/At274-32CMEN10032>

«CALEUCHE» de *Magdalena Petit*

La mujer chilena se hace sentir en múltiples campos del pensamiento y de la acción de su país. Hemos aprendido a estimarla de lejos, de cerca nos sale al encuentro con ofrendas literarias de profundo sentido poético y noble participación humana.

Con más datos y mejor conocimiento habremos de intentar en el futuro un análisis de este hecho que se nos impone ahora como un dato de primera mano.

La mujer chilena estudiada en su propio medio, adquiere personalidad y relieve que es muy difícil imaginar de lejos.

En esta vez queremos referirnos de manera especial a Magdalena Petit, que gentilmente ha puesto en nuestras manos su último libro. Es una novela de ambiente chileno. Ella, que ha enriquecido el acervo de la novela histórica y social de su

país, entrega ahora un nuevo mensaje a sus conterráneos: «Caleuche» tiene claridad de documento y prestigio de obra de arte. La imaginación creadora que es propia de la obra de arte, la ejerce esta mujer admirable con el gesto de recatada modestia con que una madre lleva en sus entrañas el hijo bien amado.

Es muy sobada la frase de que las obras del intelecto son hijas del ingenio del autor; cuando se trata de una mujer el sentimiento de maternidad suele presidir toda aventura literaria. Mujeres novelistas, poetas o ejecutantes que han asombrado y siguen asombrando al mundo, son más grandes y auténticas artistas cuando conservan sus rasgos femeninos y su espíritu maternal; no importa que algunas no hayan sabido del enlace jubiloso o de la cruenta jornada del alumbramiento; ya se sabe que en toda mujer hay una madre por «esencia, presencia y potencia».

Magdalena Petit ha escrito su «Caleuche» con emoción maternal, maternidad múltiple, providente y ensimismada. Amor para su tierra, paisaje del mar y de los bosques, de las islas del archipiélago del sur; fidelidad para la gente humilde que por ahí vive y trabaja; ternura para los personajes de su drama a los que mueve con delicada mano y corazón alegre o angustiado. El destino adverso, la naturaleza bravía o las ciegas fuerzas oscuras se ensañan contra los héroes de esta novela. La autora no los desampara, les tiende una mano, los cubre con su aliento y les ofrece un apoyo en tierra firme. Las pobres criaturas se ven envueltas en el torbellino y son arrebatadas por el huracán, Magdalena Petit no las quiere entregar al naufragio y las defiende hasta en el último trance.

Entre estos hombres del mar en los estrechos de Magallanes, se encuentran gentes humildes, llenas de dignidad, de resistencia y de estoicismo; los aires salobres les han curtido la piel pero conservan un corazón dulce y generoso. Quien lea «Caleuche» sabrá de la nobleza, de la derecha y de la voluntad

de los jóvenes marinos y de los viejos armadores de esas aguas y puertos chilenos.

Después de que Magdalena Petit ha hecho la presentación de sus personajes y los ha situado en su tierra y en su ambiente ella se incorpora a la pequeña familia, va a participar de las altas y bajas de la fortuna y a infundir aliento a todos para que vivan su vida como seres de carne y hueso.

El Abuelo, Rosalba y Rosita, son gente castiza; al niño encontrado en un «bongo» en una noche de tormenta, el Abuelo lo levanta y la autora le da abrigo con calor humano. El «Ca-leuche» lo aventó en una noche de tormenta, no se sabe quién es ni de dónde viene aquella criatura que parece hija del mar. Los galcones misteriosos del «Arte» lo han dejado en aquella playa solitaria como un mensaje de misterio y fatalidad.

El abuelo lo lleva a su hogar sencillo y hace que su hija Rosalba que acaba de dar a luz una niña, amamante al varoncito y le brinde el lecho maternal donde irá creciendo al lado de la pequeña Rosita.

Ya están los actores sobre el escenario, van a tener telón de fondo en la inmensidad del océano y la vida sencilla de una casa de obreros y pescadores como campo de juegos, de inquietudes y de estímulos.

Por un capricho de la suerte al hijo de nadie lo bautizarán con el nombre de «Pingo»; los padres adoptivos vienen a saber más tarde que por tierras de México al diablo le llaman «Pingo».

La resistencia inicial de Rosalba para brindarle el pecho al desconocido es vencida por el Abuelo con suaves amonestaciones. En el fondo se le clava a la madre un mal augurio y le viene el presentimiento de que algún día pudieran enamorarse aquellas criaturas que de golpe aparecían como hermanos.—

E. N.